

INAUGURACIÓN DEL
AÑO ACADÉMICO
2008

ESTUDIOS GENERALES LETRAS

LECCIÓN INAUGURAL

Luis Jaime Cisneros
Vizquerra



Pontificia Universidad Católica del Perú

Lección Inaugural
Luis Jaime Cisneros Vizquerra

Copyright © 2008 Estudios Generales Letras
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria 1801, San Miguel, Lima
Teléfono: 626-2000
Correo electrónico: buzón 18@pucp.edu.pe
<http://www.pucp.edu.pe>

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: junio de 2008
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Perú

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2008-07436

Presentación

de Luis Jaime Cisneros

FUE POR EL AÑO 1968 que tuve la oportunidad de conocer a Luis Jaime Cisneros. Entonces Luis Jaime dictaba el curso de Lengua en primer año de Letras, en el local de la Plaza Francia. Luis Jaime nos enseñaba con vivacidad y magistral hondura que la realidad nos interpela a través de los signos y que es preciso conocer su funcionamiento para descifrarlos; nos enseñó que el lenguaje es vida, «[...] que ahí está, inasible, latente, listo para que los hablantes recurran a él».¹ Nos enseñó que aprender no es retener datos sino saber conectarlos y que la ciencia es una seductora aventura infinita de largo aliento que demanda «[...] desechar prejuicios, fetichismos (definiciones inexorables, reglas normativas, el inevitable elenco de excepciones), compromisos con autores o teorías memorizadas».² En sus clases aprendíamos a pensar, a interesarnos por el conocimiento, a dar rienda suelta a nuestra curiosidad intelectual, a confiar en nosotros mismos. Pero sobre todo —y aprovecho esta oportunidad para decírselo y agradecerse—, Luis Jaime nos dejó para siempre el gusto por la lectura. Y con el gusto por la lectura aprendimos a

¹ CISNEROS, Luis Jaime. *El funcionamiento del lenguaje*. Lima: PUCP, 1995, p. 21.

² Ídem.

entender, a discurrir, a discrepar, a ser críticos. Sus clases sobre Borges son ahora, después de 40 años, recuerdos imborrables que me cautivaron para siempre. En ellas aprendimos que la esencia de la creación literaria es lo que Aristóteles denomina poiesis, y que la poiesis, en literatura, no consiste en escribir como Borges sino en hacer lo que hacía Borges cuando escribía sus cuentos.

Como Decano de la Facultad de Letras, Luis Jaime fue una autoridad que supo conectarse con nuestro entonces juvenil y vital temple contestatario. Eran años difíciles para una autoridad universitaria, eran los años del movimiento estudiantil. Pensándolo bien desde ahora, puedo darme cuenta que lo que Luis Jaime hizo con nosotros fue continuar en la docencia desde el cargo. Nos enseñó que la verdadera autoridad se basa en la persuasión y el diálogo, no en la sanción, en el temor al castigo, sino en el respeto que —más allá de las diferencias— se había sabido ganar entre nosotros. Nos enseñó que «[...] el concepto de Autoridad que corresponde y acompaña a un director o a un maestro en un hogar de estudiantes universitarios, no puede apoyarse en la fuerza de disciplinas extrañas a la substancia misma de los estudios», que «[...] la autoridad en un hogar de estudiantes, no se ejercita mandando, sino sugiriendo y amando: enseñando».³

Aquellos fueron años apasionantes, tumultuosos. Los estudiantes vivíamos en trance de heroísmo. Los vientos de mayo del 68 habían llegado a los claustros universitarios y, con ellos, la necesidad y el deseo profundo de cambiar de raíz lo instituido, de abrirle espacio a lo que

³ Del *Manifiesto liminar de la reforma universitaria*. Córdoba, 1918.

Cornelius Castoriadis denomina acertadamente la fuerza de lo instituyente. Fue por esos años que se realizó en la Facultad de Letras el Claustro Pleno. Profesores y estudiantes nos reunimos durante meses para debatir y examinar con fervor y entusiasmo el Plan de Estudios para actualizarlo, y proponer cambios y mejoras que fueran académicamente relevantes.

Ser maestro es una vocación, no un oficio. Educar no es entrenar, es formar las capacidades intelectuales y las disposiciones anímicas de los estudiantes; es, por ello, un proceso indeterminado en el tiempo y en el espacio, un proceso que involucra del maestro una disponibilidad especial. «Ser maestro —nos dice Luis Jaime— es una vocación por entregarse al otro [...] pero insisto en que esta vocación empieza por un saber escuchar [...]».⁴ A diferencia del hablar que es la actualización de un código, saber escuchar es una capacidad y un arte que se aprende por imitación y que involucra una apertura incondicional. Por experiencia propia, puedo decir que la escucha es muy importante en la formación de las personas, porque ayuda al otro a descubrirse, a cuestionarse, a estructurarse, a ser mejor. Es quizás el arte más difícil y raro.

La educación, lo sabe muy bien Luis Jaime, empieza en el aula pero no acaba en ella. Pero ¿qué es educar? El análisis etimológico de la palabra nos ofrece luces. Todos sabemos que educación es una palabra que procede del latín *ex ducere*. Pero ¿qué significa *ex ducere*? Depende de la

⁴ CISNEROS, Luis Jaime. «La sociedad que no lee no hace futuro». Entrevista realizada por Patricia del Río. El Comercio, miércoles 28 de marzo de 2007. <<http://www.elcomercio.peru.com.pe/EdicionImpresa/Html/2006-12-10/ImEcEntrevista0630275.html#>>>.

interpretación que le demos al término *ex*. Puede significar conducir al educando desde el lugar en que se encuentra hacia un modelo o perfil ideal pre-concebido, ideado para él. Desde esta perspectiva, la educación se limita a proporcionar a los educandos un conjunto de habilidades y destrezas. Esta visión reduccionista de la educación es lamentablemente la que se encuentra vigente hoy día. Pero educación puede significar también algo más mayéutico y menos técnico, a saber, enseñar al educando a conducir hacia fuera, desde sí mismo, lo que tiene dentro. En palabras de Luis Jaime, el mejor maestro «[...] es el que te ayuda a descubrirte, el que te muestra que eres mejor de lo que creías, que no eres el que creías, que eres otro. [...] El alumno debe aprender a convertir toda información en instrumento de su formación y de su conocimiento»,⁵ debe aprender a «[...] incorporar el conocimiento a sus vivencias personales, incorporarlo de manera que constituya parte esencial de su ser y para que sea, por eso, motor de su actuar».⁶

Los tiempos han cambiado mucho desde esos años en que conocí a Luis Jaime como profesor y Decano de la entonces Facultad de Letras. Creo que con la masificación de la educación cada vez se torna más difícil, aunque no imposible, hacer de la educación, socráticamente entendida, una práctica cotidiana. Las circunstancias actuales son poco amigables. La racionalidad del mercado ha ido ganando terreno en la educación. Esta es una de las raíces profundas de la crisis de sentido de la educación. Y para superarla hay que empezar por reconocerla.

⁵ CISNEROS, Luis Jaime. *El Comercio*, 10 de diciembre de 2006, p. 2

⁶ Ídem

Luis Jaime es profundamente conciente de esto; lo sabe y le preocupa mucho. Ve en la hegemonía de esta tendencia, cómo se corroe la esencia de la universidad. «Es necesario —nos dice— reconocer que atravesamos una zona envuelta en tinieblas. Nos amenaza algo que, de no ser evitado y combatido a tiempo, puede quebrar la esencia del quehacer universitario. [...] Me refiero [...] al triunfo del perspectivismo mercantil, al bochornoso y triste espectáculo que aparece en los periódicos diariamente, sin muestra alguna de recato o de pudor, donde asistimos, entre sorprendidos y desconcertados, al empeño de muchas instituciones universitarias por ofrecer su tarea como si fuese mercadería, con ventaja cierta o promisoría para quienes incurran en aceptar la invitación y el compromiso».⁷ Es el triunfo en la educación de lo que Charles Taylor denominó como la universalización de la racionalidad instrumental, de la racionalidad calculadora costo-beneficio, de la eficiencia como criterio y fin último. Desde esta visión, las universidades se convierten en fábricas de profesionales y los estudiantes en clientes. Es la lógica del marketing versus la lógica académica del estudio y la investigación. De esta manera la universidad pierde su sentido y su razón de ser. La universidad —dice Luis Jaime— es «casa de estudio y de investigación».⁸ El estudio es la enseñanza y el aprendizaje constantes. Un profesor no puede cesar de aprender, solo así está en capacidad de poder enseñar. La investigación es inherente al estudio. Sin ella, la enseñanza-

⁷ CISNEROS, Luis Jaime. Conferencia inaugural del Coloquio «La Universidad que queremos». En *La universidad que queremos*. Lima: PUCP, 2007, p. 14.

⁸ Ídem, p. 15.

aprendizaje pierde significación, deja de ser descubrimiento compartido. El que estudia aprende enseñando. A través del estudio, la universidad consigue asegurar la capacidad de aprender, la capacidad para hallar soluciones a cada nuevo problema y, sobre todo, la capacidad de búsqueda, de innovación y de creación.

Hay que recuperar para los universitarios el valor del conocimiento. El conocimiento —nos dice Luis Jaime— es una experiencia espiritual. «Espíritu es palabra manoseada por los profanos, y muchos ignoran realmente lo que debe significar para los universitarios. [...] Necesitamos reivindicar desde los días inaugurales la aseidad del espíritu».⁹ El espíritu es energía, fuerza creadora. No es «[...] un personaje, sino un aliento iluminado que desde adentro promueve en nosotros salud para la inteligencia y salud para ese hombre interior que un día nos corroe y otro nos infunde entusiasmo, energía y fe en nosotros mismos».¹⁰ En este sentido yo podría añadir que, como decían los estudiantes de Córdoba que iniciaron la reforma universitaria en todo el continente, la educación es también y sobre todo una experiencia espiritual. «Si no existe una vinculación espiritual entre el que enseña y el que aprende, la enseñanza es hostil y por consiguiente infecunda [...]».¹¹

Como profesor «yo he aprendido mucho», nos dice por ello Luis Jaime en una de sus recientes entrevistas. Esta frase suya me hizo recordar el «aún aprendo» de

⁹ Ídem, p. 16.

¹⁰ Ídem, p. 16.

¹¹ Del *Manifiesto liminar de la reforma universitaria*. Córdoba, 1918.

Francisco Goya, frase que colocó el pintor en el dibujo de un hombre de avanzada edad y de larga barba que parece ser un autorretrato que hiciera el pintor cuando tenía cerca de 80 años. Luis Jaime lo sabe muy bien. Sabe y da testimonio de que la auténtica sabiduría reside en el saber mantener siempre vivo nuestro interés por conocer, por aprender y por transmitirlo a las nuevas generaciones.

Fidel Tubino Arias-Schreiber
Decano de Estudios Generales Letras

Lección Inaugural

Luis Jaime Cisneros Vizquerra

ME INVITA EL DECANO a hacerme cargo de la bienvenida a la nueva promoción. Lo hace con la esperanza (y tal vez con el deseo) de que, estando por cumplir sesenta años en el ejercicio de la cátedra, acá en los primeros años de la Universidad, pueda hablarles del pasado. Pero he preferido, quizás basado en esos sesenta años, hablar del provenir.

Al terminar la secundaria, el porvenir suele ser, para muchos, una incógnita, larga tiniebla sin asomos de luz. A nosotros nos toca, acá en la Católica, aclararlo para que sea, como debe ser, una jubilosa convocatoria hacia el horizonte. Porque el provenir, el futuro, no está allá lejos, ni es inaccesible, como suele creerse. Ahora que lo nombro acá ante ustedes, estoy en el instante inicial que nos conduce a él. No es que allá nos espera el futuro, al final de la ruta. Es que estamos empezando, acá y ahora, a construirlo. Lo vamos estructurando en la medida de nuestro esfuerzo y de nuestra clara vocación. No es ajeno a nuestras aspiraciones. Es el fruto de nuestros esfuerzos, en los que incluimos aciertos y errores, triunfos y derrotas, pero siempre empeño, siempre estudio, afirmando una vocación por el trabajo, que es vocación por el progreso, afirmando nuestra voluntad de realizarnos. Lo previno Sócrates, casi antes de ayer. A medi-

da que nos vamos conociendo y realizando, vamos diseñando los caminos que construyen el futuro. Lo comprobaremos más tarde, cuando, al término del camino, descubramos cómo en el pasado (es decir, ahora que estamos en el umbral de la vida universitaria), debimos corregir lo que no habíamos acertado a corregir en la escuela secundaria. Nos espera, pues, muchachos, harto trabajo. Pero trabajo en común; alegre, iluminado por nuestra vocación de realizarnos y de servir. Si así lo entendemos, el futuro confirmará que constituyen ustedes una promoción promisoría.

Los diarios nos informan sobre la crisis de nuestro sistema educativo. Quiero partir de esa comprobada realidad, a fin de que, conscientes de esa aparente derrota, nos preguntemos qué debemos hacer, ustedes y nosotros, para lograr que la universidad pueda cumplir con su tarea esencial: educar para el porvenir. ¿Puede educar la universidad? Noventa y un años tiene la Católica empeñada en este trabajo. Con ustedes me toca hablar de esa tarea. Educar es conducir hacia afuera las fuerzas dispersas que el estudiante tiene latentes, a fin de que, organizadas y depuradas, puedan ayudarlo a realizarse. Es decir, ayudarlo a ´ser´. Partimos de una certeza: en el estudiante hay posibilidades. Esas posibilidades son las que, de alguna u otra manera, se detectan en las diversas pruebas de admisión. ¿Qué debemos hacer, acá en la universidad, con ese muchacho? Estas palabras de bienvenida quieren explicarlo.

Hacia una nueva fe

La universidad implica reflexión, curiosidad profunda y constante en el tiempo. Supone, sobre todo, tolerancia con las ideas ajenas, base imprescindible para que las propias sean

recibidas con esperable atención y puedan suscitar el necesario debate. Porque somos una casa en continuo debate esclarecedor. Si no hay tolerancia, no hay investigación ni hay debate, no hay universidad. A medida que avancemos en nuestros estudios, iremos descubriendo (y reconociendo) nuestras ignorancias. Estos son imprescindibles ejercicios cuya vigencia salva a la universidad del escándalo, porque la reducen al trabajo silencioso de cátedras, seminarios, laboratorios y bibliotecas. Cuando el alumno se inscribe en estos ejercicios y aprende a armonizar talento y voluntad, advierte cómo va asumiendo de veras el compromiso universitario, al mismo tiempo que se descubre participando en la responsabilidad política que a la universidad alcanza. Porque el prestigio cultural de un país no se mide por el número de universidades, así como el prestigio de una universidad tampoco lo anuncia el número de alumnos. Lo que al mundo científico interesa es qué investigan y publican los profesores y estudiantes de una casa universitaria. Una sola universidad, abocada a su tarea esencial, puede sentar el prestigio intelectual de un pueblo, antes que decenas de instituciones audazmente llamadas universitarias.

Gran objetivo: el método

Para que el alumno se acostumbre a este nuevo enfoque, la universidad propicia maneras científicas de comportamiento. El alumno debe aprender a estudiar y trabajar científicamente. Debe adquirir conciencia de que por un solo camino se aprende a avanzar mejor que por varios caminos a la vez. Así podrá descubrir durante la marcha cómo ese camino singular está cruzado de avenidas y senderos que lo intercomunican con otras vías; tropezará con obstáculos que

irá aprendiendo a salvar (a veces con ingenio, con pena otras) hasta llegar a la gran plaza en que se juntan todas las ciencias. Ya entrenado en atravesar valles y escalar cerros, cruzar a nado ríos interminables y salvar distancias profundas, debemos subirlo al helicóptero para contemplar la vasta dimensión del saber adquirido con ese esfuerzo. Ese día habrá comprobado que todos los caminos se juntan en la plaza del saber. Para que esa realidad no sea un triste espejismo, la universidad propone el método.

Cuando mencionamos el método, los alumnos suelen creer que hablamos de lo que ellos deben realizar. Se trata de lo que debemos realizar conjuntamente. El método nos junta y conjuga: supone un esfuerzo creador común de maestros y estudiantes.

Qué esperamos del estudiante

El responsable del método es el profesor. De su método depende que el conocimiento sea visto por el estudiante como un quehacer constante, que vive una vida de perpetuo equilibrio, una *dynamis*. El método nos permite lograr que el estudiante se incorpore al quehacer científico, y eso tiene que ver con el estudio. Desde aquí puedo mirar al estudiante. Con ustedes tiene que ver lo que digo ahora. Necesitamos prepararlos para esta tarea de compartir con nosotros el conocimiento, a fin de que puedan ustedes, con su propio esfuerzo, superarlo por cuenta propia. Por eso vuelvo sobre el tema de la memoria. El estudio al que debemos convocarlos exige una decisión voluntaria, habida cuenta de que hay en ustedes una aptitud natural para la tarea inteligente. ¿Qué es el estudio? No una actitud pasiva ante el conocimiento y frente a los libros. Es un *entrar en* y no un *estarse-*

a-la-espera-de. Se trata de un entrar voluntario y entusiasta, movido por una gana auténtica de conocer. Un entrar en el conocimiento, para un fin concreto: sentirnos a nosotros mismos descansar en un *querer conocer*. Esa actitud voluntaria debe ser muchas veces respuesta a nuestros estímulos, a nuestra prédica, a nuestra asistencia viva y cordial, a nuestra buena amistad intelectual. Y para que esta empresa pueda ser exitosa, el estudiante no debe confiar ciegamente en su memoria. Tal como fue favorecida en el colegio, la memoria nos impide participar conscientemente en el esfuerzo por aprehender la esencia de las cosas. Pero no estamos invitando a negarla, a desterrarla. Debemos solamente comprender que es un valioso auxiliar para asegurar lo creado y guardarlo como estímulo de las creaciones venideras. Sirve para conservar lo alcanzado. Pero no conduce al conocimiento. No lo genera. No lo enriquece. Solamente lo atesora.

Qué hacemos con el conocimiento

A la universidad le preocupará siempre qué enseñar y cómo enseñarlo. Creciendo y renovándose como crece y se renueva hoy el conocimiento, está muy puesto en razón que no podemos enseñar todo. Lo que nos toca hacer a los profesores es enseñar a aprender. Solamente una metodología activa. La universidad debe poner énfasis en las ideas simples, priorizar la actividad espiritual, elegir las nociones de más amplia comprensión. Basta seguir el aleccionador ejemplo de las Matemáticas. Solo una metodología activa puede conducir al triunfo de sí mismo. Cada día es más fácil mostrar al mundo las ideas simples y las ideas fundamentales, y es fácil mostrar en qué medida tales ideas se hallan presentes

en las más concretas y variadas situaciones. Si, enterados de estos propósitos, nos ponemos a trabajar, podemos confiar que alcanzaremos a construir un porvenir del tamaño de la esperanza.